

Datos biográficos

Francisco Zapata (1943). Profesor-Investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Especialista en la sociología del trabajo y del sindicalismo. En 2005, publicó los libros *Tiempos neoliberales en México* y *Cuestiones de teoría sociológica*, ambos por El Colegio de México.

Resumen

A partir de un diagnóstico acerca de los cambios estructurales que han tenido lugar en la economía, la sociedad y la política en el mundo contemporáneo durante la década de los años noventa, definidos en términos de la transición entre una sociedad de producción y una sociedad de información y (b) de una presentación de las rearticulaciones que han experimentado los principios constitutivos de la acción colectiva— identidad, oposición y totalidad, se exponen las transformaciones del carácter que asumen los movimientos sociales. Se constata que la acción colectiva ya no está más dirigida al cambio estructural a través de conflictos de masas que buscan, a través de la política, redefinir los sistemas de dominación. En la última década, en varias partes del mundo (irrupción del EZLN, huelgas en Francia en noviembre-diciembre 1995, huelgas en Sao Paulo en 1996, movimientos de minorías sexuales, etc...) se constata que la acción colectiva busca ahora el control de los flujos de información, la recuperación del sentido subjetivo y el cuestionamiento de los monopolios de la información.

Abstract

On the basis of a diagnosis of structural changes that have occurred in the economy, in society and in politics in the contemporary world during the nineties, defined in terms of the transition from a society of production to a society of information, and (b) a presentation of the rearticulations that the constitutive principles of collective action have experimented—identity, opposition, totality—the paper presents the transformation of the character of contemporary social movements. It is found that collective action is not directed anymore towards structural change through mass actions that search, through politics, to redefine domination systems. In the last decade, in many parts of the world (EZLN, strikes in France in November-december 1995, strikes in Sao Paulo in 1996, movements by sexual minorities, etc...) it is found that collective action today strives for control of information, the recuperation of subjective meaning and the challenge of the information monopolies.

Palabras clave

Acción colectiva
cambios estructurales
identidad
oposición
totalidad
EZLN
huelgas
movimiento social

Key words

Collective Action
Structural Changes
Identity
Opposition
Totality
EZLN
Strikes
Social Movement

La formación de la acción colectiva en el nuevo modelo económico

Francisco Zapata
EL COLEGIO DE MÉXICO

La transición entre modelos de desarrollo implica un cambio en la relación histórica entre la esfera económica, el sistema político y la sociedad civil en una formación social determinada. Es decir, si partimos de la premisa de que un modelo de desarrollo incluye un sistema de acumulación, un marco institucional y un sistema de relaciones sociales, estando el primero identificado con la economía, el segundo con el sistema político y el tercero con las diversas formas de acción colectiva,¹ entonces, la transición entre modelos puede concebirse como un proceso de rearticulación entre esos tres componentes. En esas transiciones, son muchos los cambios que ocurren tanto en la economía, como en la política, como en las relaciones sociales. Los procesos de transición afectan a múltiples actores, modifican formas de acción y redefinen los modos de inserción de las personas con la estructura social. En otras palabras, las transiciones impactan de lleno la articulación entre economía, política y sociedad.²

En este sentido, el significado de la acción colectiva también se modifica. Por ejemplo, durante el modelo de desarrollo de la sociedad de producción,³ las luchas sociales buscaron la institucionalización de los actores colectivos en el ámbito político y su participación en el proceso de toma de decisiones sobre el sentido de la acumulación económica y sus lógicas de distribución del valor generado por la producción. Se trataba esencialmente de lograr un nivel más alto de participación en los

¹ Cfr. María Luisa Tarrés, "Perspectivas de análisis de la sociología de la acción colectiva y los movimientos sociales", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 30, septiembre-diciembre 1992.

² Cfr. Francisco Zapata, "Estado, sociedad e integración regional: libre comercio y reestructuración", *Estudios Avanzados* (Universidad de Sao Paulo), mayo-agosto de 1996.

³ Véase más adelante acerca de la distinción entre sociedad de producción y sociedad de información, elaborada por Alberto Melucci, *Challenging codes: collective action in the information age*, Cambridge University Press, 1996.

logros de la dinámica económica. La acción colectiva tenía un sentido eminentemente redistributivo, a pesar de que a medida que ella se consolidó, fue buscando metas situadas en la esfera de la dominación. Cuando la acción colectiva alcanzó esta intensidad pudo llegar a transformar los modelos de desarrollo dentro de los cuales se había desarrollado. Esas transformaciones, que tuvieron lugar bajo distintas modalidades, se identifican esencialmente con procesos revolucionarios. Es por ello que las luchas por aumentos salariales, por la seguridad social, por la vivienda y por otros beneficios estuvieron sujetas a movilizaciones políticas que fueron instrumentos que permitieron que diversos grupos sociales mejoraran su capacidad de negociación y lograran esos objetivos de participación.

Es cuando muchos de esos objetivos lograron que su generalización, profundidad y volumen provocaron presiones sobre el modelo de la sociedad de producción. Estas presiones se exacerbaban y eventualmente desencadenaron crisis que afectaron la operación de la sociedad de producción en los términos que se había desenvuelto hasta ese momento. Esas presiones se sumaron a los cambios estructurales involucrados en la transición entre el sistema de producción y el sistema de información, modelo de desarrollo que sucede laboriosamente al anterior. Es para paliar los efectos de esa crisis que se introdujeron las prácticas que conformaron gradualmente lo que se ha venido en llamar el modelo neoliberal⁴ o, el nuevo modelo económico.⁵

Sin embargo, ese nuevo modelo de desarrollo o nuevo modelo económico no descansa en una lógica productiva como lo había sido el anterior, sino que se corresponde con la sociedad de información, en la que, además de las prácticas situadas en el sistema productivo se agregan nuevas formas de interacción, y sobre todo nuevos sistemas de comunicación que modifican radicalmente la articulación entre economía, política y sociedad, separando cada uno de estos elementos con respecto a los demás. Si en la sociedad de producción los tres elementos constitutivos del modelo de desarrollo habían operado en forma articulada, el rasgo central de la sociedad de información es que cada uno de estos tres elementos tiende a desarrollar una lógica particular de operación en la que no están presentes los demás. Los efectos de este cambio impactan

⁴ Es el Banco Mundial el que dirige el proceso mencionado, conceptual como políticamente al presionar a los países que solicitan créditos a adoptar las políticas mencionadas. En diversos informes de dicha institución crediticia, aparecen recomendaciones de ese tipo. Véase, por ejemplo, Banco Mundial, *El mundo del trabajo en una economía integrada*. Informe sobre el desarrollo mundial 1995, Washington, 1995 donde se presenta el argumento en cuestión en relación con la liberalización de los mercados de trabajo.

⁵ Véase Wilson Peres y Nolah Reinhardt, "Latin America's new economic model: micro responses and economic restructuring", *World Development*, Special Issue, septiembre 2000.

fuertemente el sentido que adoptará la acción colectiva, y en particular, dentro de ésta, la acción sindical.

En el nuevo modelo de desarrollo, la apertura generalizada de los mercados, la transformación de los sistemas organizacionales en las empresas, la concepción desburocratizada de las actividades de la reproducción social desestabilizan lo que hasta ese momento había sido una acción sindical que tenía adversarios claramente definidos y demandas cuya concreción pasaba por presiones situadas en el sistema político. Además, como se trata también de un modelo que busca la descorporativización de la articulación de intereses y la definición de éstos con base en la individuación, el carácter eminentemente colectivo de la acción sindical pierde piso.

Es a partir de esta breve discusión general que podemos pasar a considerar la relación entre la implantación del nuevo modelo económico y la formación de la acción colectiva.

EL NUEVO MODELO ECONÓMICO Y LA ACCIÓN COLECTIVA

En general, las consideraciones anteriores pueden concebirse en términos de un cambio de la naturaleza del proceso de modernización del aparato productivo y de las relaciones sociales que se inició a fines del siglo XIX. Las formas corporativas de operación de la sociedad de producción dejan de funcionar y los sistemas de dominación que estaban ligadas a ellas, como el populismo, se frustran por la aparición de nuevas formas de corporativización. No se trata entonces únicamente de una modernización económica o sólo de una secularización de las relaciones sociales, como lo subrayaron los sociólogos clásicos o aquéllos que describieron el paradigma de la modernización.⁶ En efecto, en la puesta en práctica de dicho modelo, la globalización de los sistemas de comunicación juega un importante papel ya que éstos son los medios para universalizar la nueva propuesta.

Algunas de las características del nuevo modelo de desarrollo que impactan centralmente la formación de la acción colectiva son las siguientes:

- (a) la liberalización económica (baja de aranceles, apertura al capital extranjero en las privatizaciones de las empresas de propiedad estatal, tratados de libre comercio),

⁶ V.g., Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962.

- (b) la desregulación de los mercados de trabajo, internos como externos, que se manifiesta por la eliminación de cláusulas favorables a la acción sindical en los contratos colectivos, la alineación de las políticas laborales (salarios, beneficios sociales, seguridad social) con los requisitos de la política macroeconómica,
- (c) la privatización de los servicios de salud, la municipalización de la educación primaria y la comercialización de la educación media y superior,
- (d) la transformación profunda de la relación histórica entre la economía, la política y la sociedad que había sido central en el modelo de desarrollo de la sociedad de producción.

No obstante la importancia que asumen los factores señalados, es también pertinente pensar que el fin del régimen soviético, la crisis del proyecto socialista, la transformación de los sistemas políticos hacia democracias concertacionistas y consensuadas tienen un impacto en la forma que asume hoy la acción colectiva.⁷

También, y complicando aún más el panorama descrito, podemos suponer que la desaparición o pérdida de centralidad de los elementos del sistema productivo asociados al modelo de desarrollo centrado en la regulación estatal de la macroeconomía, fuertemente identificados con la organización fabril, con una administración jerarquizada y con el fordismo, que ligó productividad y remuneración, implica una transformación de las bases constitutivas de la acción colectiva.

En suma, las cuestiones coyunturales y los aspectos más universales de la transformación que experimentan las sociedades contemporáneas son relevantes para analizar el proceso de formación de la acción colectiva. Sin embargo, no es sólo por la descomposición de la sociedad de producción que podemos indagar acerca de este proceso, sino que tenemos que caracterizarlo para ver cómo sus elementos constitutivos afectan y condicionan la reconstrucción de la acción colectiva en la época y en las condiciones actuales.

En este sentido, y refiriéndonos específicamente a la acción colectiva animada por los trabajadores sindicalizados, sobresale el cambio tecnológico y sus correlatos en la organización de la producción y del trabajo. La relación entre el hombre y la máquina, para hablar en un lenguaje antiguo, se modifica sustantivamente cuando la operación del aparato productivo (incluyendo aquí a los servicios) se basa en la automatización de tareas que anteriormente implicaban la intervención humana. La roboti-

⁷ Cfr. Francisco Zapata, "¿Ideólogos, sociólogos, políticos? Acerca del análisis sociológico de los procesos sociales y políticos en América Latina", *Foro Internacional*, julio-septiembre 1995, núm., 141.

zación, la computarización de los procesos de control de industrias como la petroquímica, el transporte, las transacciones financieras modifican radicalmente la intervención humana en esas actividades. Si bien no es posible afirmar que el hombre es relegado a un papel secundario —porque eso sería inexacto dada la función integradora que éste tiene en la operación de esos sistemas— el lugar de la intervención humana cambia de contenido.

Por lo tanto, la articulación de los elementos constitutivos de la acción colectiva, como son la identidad, la oposición y la totalidad tienden a cambiar⁸ tanto de forma como de contenido.

En primer lugar, la identidad ya no es la que dio lugar a la formación de la acción colectiva en la industrialización capitalista originaria. No se trata más de una acción inspirada en la escasez o en la protesta en contra de condiciones de vida intolerables⁹ sino de una acción asociada a la defensa de la calificación, al control de un oficio concebido como capacidad reflexiva o simplemente a la protesta en contra de la unilateralidad del ejercicio de la autoridad en las fábricas.

En segundo lugar, el carácter del adversario ya no es el del empresario capitalista o, en términos más generales, del detentor del poder social que debe ser resistido; por ejemplo, las relaciones sociales en las fábricas se burocratizan y pierden el carácter confrontacional que pudieron tener. Dicho proceso, si bien ya se había verificado en la fase más desarrollada del modelo de desarrollo fordista como lo atestigua, por ejemplo, la investigación de Alvin Gouldner sobre la huelga salvaje¹⁰ o los trabajos de Peter Blau sobre la burocracia industrial, se fortalece y generaliza en los años recientes.

El conflicto en las fábricas opone a administradores de empresa, especializados en el manejo de las relaciones industriales, estrechamente ligados a funcionarios estatales a cargo de los aspectos políticos de las relaciones laborales con dirigentes sindicales o delegados de fábrica, también asociados a estructuras sindicales cada vez más burocratizadas.

Además, el carácter tecnocrático del proceso de toma de decisiones a nivel macro social subordina la acción política a decisiones burocráticas de ministros, directores de empresa y gabinetes de asesoría: la clase política, anteriormente responsable ante los electores que la elegían, no es más correa de transmisión hacia las esferas del poder. Los sindicatos pasan a valer-se por sí solos y su relación con los partidos políticos pasa a segundo plano.

Por último, la desaparición del adversario concebido en los términos indicados y la crisis del paradigma de la confrontación entre clases im-

⁸ Cfr Alain Touraine, *Sociologie de l'action*, Paris, Editions du Seuil, 1964. Del mismo autor, *La conscience ouvrière*, Paris, Editions du Seuil, 1965.

⁹ Cfr Alain Touraine, François Dubet y Michel Wieviorka, *Le mouvement ouvrier*, Paris, Fayard, 1984.

¹⁰ Cfr. Alvin Gouldner, *Wildcat Strike*, Harper Torchbooks, 1954.

plica la ausencia de un principio de totalidad referido al lugar de la clase obrera en la sociedad. Es decir, la agregación de intereses que era favorecida por el modelo de desarrollo proteccionista es frenada radicalmente por las políticas que buscan implantar al nuevo modelo económico y a la sociedad de información. La individualización consecuente implica que los intereses ya no se relacionan con una defensa colectiva del estatus social, o con presiones para mejorar las condiciones de vida para toda una categoría social sino que tienen que ver con cuestiones personales y procesos de movilidad social individual. Lo que está en juego no es más un proyecto colectivo cuyo promotor pudiera ser el sindicalismo.

En suma, los elementos constitutivos de la acción colectiva se encuentran en crisis: ya no se articulan en la forma que adoptaron en el último siglo. Es necesario reflexionar acerca de la nueva forma que esos elementos se adquieren. Si se profundizan las consecuencias que un modelo de ese tipo puede tener para la estructura económica y para las relaciones sociales que prevalecieron durante los últimos cien años, y si buscamos focalizarnos en sus consecuencias para la acción de uno de los actores sociales más importantes de dicha época, estrechamente vinculado a la primera modernización y a sus relaciones sociales, encontramos que:

- (a) el sindicalismo se ve marginado de los procesos de decisión política por la progresiva tecnocratización de las estructuras de autoridad,
- (b) pierde vigencia la agregación de los intereses sociales asociados al mercado de trabajo industrial y a la generación de un actor de clase, y
- (c) la precarización de las condiciones de empleo tiene como efecto la atomización de los sujetos productivos y la desaparición de un principio de unidad que pudiera dar lugar a formas de acción colectiva.

Todo lo cual, como lo observamos antes, conlleva la desarticulación de los elementos constitutivos de la acción colectiva asociada a la sociedad de producción. Procede ahora indagar acerca de las nuevas formas que asume la acción colectiva en las nuevas condiciones estructurales que la gobiernan.

MOVIMIENTO SOCIAL Y NUEVA CONCIENCIA OBRERA

LA NUEVA ARTICULACIÓN DE LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

A partir de los elementos señalados, que describen el marco de referencia dentro del cual insertar las consideraciones específicas acerca del carácter de los movimientos sociales contemporáneos, es posible avanzar en la ela-

boración de lo que podría concebirse como acción colectiva en el nuevo modelo económico.¹¹

Como lo plantea Khosrokhava,¹² si se parte de dos interpretaciones de los movimientos sociales contemporáneos, encontramos:

la **regresiva**, que se identifica con la asimilación de intereses particulares con los intereses generales y que posee rasgos arcaicos y negativos, que no se plantean desafíos generales con visión de futuro y,

la **positiva**, según la cual los movimientos sociales contemporáneos son fenómenos colectivos en donde se ejerce una ciudadanía crítica que reclama el derecho al trabajo y que denuncia a élites cada vez más lejanas de la población a la que tratan como "cosas".

Es posible defender una interpretación intermedia en la que las personas se encuentran en un estado de indefensión que se deriva de la incapacidad para enfrentar las fuerzas desencadenadas por la globalización de la economía en las sociedades nacionales, y mantener una conciencia de lo colectivo en espacios en donde lo político ha perdido centralidad y se transforma en algo dedicado a la gestión de los desafíos de la globalización.

Por lo cual, las personas consideran que el sistema político ya no escucha a la sociedad, la que tampoco posee capacidad para actuar colectivamente para limitar los efectos de la disparidad social, y de la fragilidad del tejido social inducidas por los procesos señalados al inicio de este trabajo.

En este contexto, las formas de acción autónomas que aparecen en acciones colectivas animadas por el sindicalismo como las huelgas de Francia (noviembre-diciembre 1995), Brasil (junio-julio 1996) o Argentina (mayo de 1996) no pueden considerarse como formas degradadas de los movimientos sociales típicos de la industrialización capitalista clásica o como las

¹¹ En esta elaboración, podemos utilizar la evidencia proporcionada por algunas experiencias históricas recientes, como es el movimiento zapatista que surgió en el estado mexicano de Chiapas en enero de 1994, las huelgas que tuvieron lugar en Francia (noviembre-diciembre de 1995), Brasil (junio-julio 1996), Argentina (mayo 1996) y otros estudios de casos en diversos países del mundo.

También es útil tomar en consideración movilizaciones más limitadas como son aquellas que animaron los habitantes del pueblo de Tepoztlán en México en 1995 o las emprendidas en el Cajón del Maipo en Chile en el mismo año. En ambos casos se trató de resistencias ligadas al movimiento ecologista a inversiones de gran volumen que tenían por objeto la construcción de un club de golf (Tepoztlán) o la construcción de un gasoducto (Maipo).

¹² Cfr. Farhad Khosrokhava, "Les nouvelles formes de mobilisation sociales", en Alain Touraine et al., *Le grand refus*, Paris, Fayard, 1996 (págs. 195-246). La elaboración que sigue muy de cerca el argumento de este autor en el artículo del libro citado, dedicado a analizar las implicaciones de las huelgas que tuvieron lugar en Francia en los meses de noviembre y diciembre de 1995.

denomina Melucci, típicos de la sociedad de producción,¹³ de los cuales el prototipo fue el movimiento obrero.¹⁴

Por el contrario, se trata de una nueva articulación entre los elementos constitutivos del movimiento social: la identidad se asimila a un vínculo subjetivo que busca limitar el impacto de la desubjetivación que acarrea la privatización de los intereses individuales; la oposición se funda en una resistencia a la imposición de decisiones que hacen abstracción de la subjetividad de los actores y no en la afirmación de la identidad de clase; la totalidad no está referida a la política o la búsqueda de un proyecto alternativo sino al rechazo, a la definición de un parte-aguas, de una frontera a lo que las elites pueden imponerle a la sociedad.

Bajo estas condiciones, la movilización social está desprovista de un sentido prestablecido, carece de una definición ideológica y no busca la institucionalización. Tampoco pueden identificarse demandas que se refieran a soluciones: se trata de resistir a la imposición más que de proponer un proyecto alternativo.¹⁵ No está subordinada a un actor central ni posee "bases sociales" homogéneas.

Se trata de movimientos heterogéneos, frágiles, efímeros, espontáneos, que se descomponen rápidamente. Están más cerca de la protesta que de la acción colectiva.¹⁶ Son ideológicamente pobres ya que no contienen utopías. Rechazan ser institucionalizados. No proponen soluciones generales ni definen objetivos específicos.

No obstante, eso no quiere decir que no afirmen la dignidad humana frente a lo arbitrario de decisiones que empobrecen y precarizan a los sujetos subordinados de la sociedad. Esta nueva articulación de los elementos constitutivos de los movimientos sociales permite visualizar una concepción diferente de la modernidad asociada a una valorización de la autonomía individual vacía, en que la subjetividad se hace equivalente a la disociación con respecto a la intersubjetividad, a las necesidades de construcción de relaciones sociales significativas para los que intervienen en ellas.

¹³ Cfr. Alberto Melucci, "Individualización y globalización: perspectivas teóricas", *Estudios Sociológicos*, núm. 41, mayo-agosto 1996. También, Alberto Melucci, "The new social movements revisited: reflections on a sociological misunderstanding", en Louis Maheu (comp.), *Social movements and social classes: the future of collective action*, Sage Studies in International Sociology núm.46, Sage, Londres, 1995 y el libro citado en la nota 4.

¹⁴ Es quizá pertinente señalar que no porque este análisis sea consistente con la naturaleza de la acción sindical, dejen de existir formas de acción colectiva típicas de la sociedad de producción. Es el caso del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil que, contrariamente a los sindicatos, plantea demandas específicas, localizadas y lejanas de lo que serían las tensiones que experimentan los sindicatos para generar luchas.

¹⁵ Muy recientemente, la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) de Chile llamó a un paro general (13 de agosto de 2003) cuya legitimidad fue cuestionada por las autoridades políticas, desde el presidente de la República para abajo, porque no se habían formulado demandas específicas. En su ausencia, el paro general no poseía ninguna legitimidad.

¹⁶ Cfr. Olivier Tilleule (comp.), *Sociologie de la protestation: les formes de l'action collective dans la France contemporaine*, Paris, L'Harmattan, 1993.

Esta articulación niega la imposición de:

“una sociedad tecnocrática, en donde todo se decide desde arriba, sociedad de superchería generalizada en donde la democracia es una prestanombres para justificar privilegios exorbitantes para los jefes y las élites que ya no se sienten responsables de los problemas colectivos y que, además se desnacionalizan mentalmente” (Khosrokhava, 1996, págs. 195-246).

EL CAMBIO DE ESCENARIO: DE LA SOCIEDAD
DE PRODUCCIÓN A LA SOCIEDAD DE INFORMACIÓN

Los planteamientos de Khosrokhava son prolongados por Alberto Melucci en formulaciones muy relevantes.¹⁷ Para Melucci, el análisis de la nueva articulación entre los elementos constitutivos de los movimientos sociales contemporáneos debe trascender el discurso en términos de movimiento-personaje situados en un escenario propio de la sociedad de producción. En efecto, como ese escenario ha sido sustituido por el escenario de la sociedad de información en el que los roles están fragmentados, en donde los actores aparecen y desaparecen, ya no pueden reclamarse de un liderazgo central.

En el nuevo escenario hay redes entre las cuales circulan los líderes y los movimientos sin que sea posible ubicar claramente las razones por las cuáles ellos se desencadenan ni aquellas por las cuáles desaparecen del escenario. La lógica de la acción colectiva de la sociedad de información guarda más relación con lo que han sido los “happenings” que con lógicas de gran alcance y duración. Desde los movimientos estudiantiles de los sesenta hasta las huelgas francesas de fines de 1995 puede sostenerse una imagen de la acción colectiva muy diferente de la que tenía lugar antes de 1968.

Por otra parte, la acción colectiva encarnada en esos movimientos, asume un carácter cíclico en donde hay periodos activos y periodos de latencia que se apoyan mutuamente. Si no existiera la latencia entonces no se explicaría la acción, ya que existe una dialéctica entre lo visible y lo invisible, entre lo abierto y lo clandestino.

Por lo tanto, no se trata de una nueva acción colectiva o de la aparición de “nuevos” movimientos sociales sino más bien de una articulación diferente de los elementos constitutivos. Si bien estos movimientos resisten la imposición y el arbitrario no por ello dejan de ser portadores de

¹⁷ Cfr. Alberto Melucci, “Individualización y globalización: perspectivas teóricas”, *Estudios Sociológicos*, núm. 41, mayo-agosto 1996.

una herencia del pasado: su acción está dirigida a hacer visible lo invisible, a desnudar lo oculto, a descifrar códigos que son difíciles de percibir porque son esencialmente simbólicos.

Por ejemplo, el movimiento de las mujeres hace explícita una dominación encubierta de los hombres en los espacios domésticos y no-domésticos y desmitifica el discurso que éstos manejan para imponerse sobre las mujeres. Afirma la identidad femenina dentro de un espacio que hasta ahora se definía sólo por el discurso masculino. Se trata de la elaboración de una visión elaborada desde el punto de vista de las mujeres sobre un espacio compartido.

Las luchas generadas a partir de esos movimientos tienen que ver con el lenguaje y su sentido, la comunicación instrumental, los sistemas de control del comportamiento en espacios privados y públicos, las posibilidades de la acción autónoma. Son típicos de la sociedad de la información. Por ello se ubican en espacios muy distintos de los que surgieron en las sociedades de producción.

No obstante, la sociedad de la información posee también variantes. Por ejemplo, los movimientos antidictatoriales en países como Argentina, Brasil o Chile que surgieron como resultado a la resistencia frente a los militares, desarrollaron prácticas que buscaron expropiar el monopolio de la razón que los ideólogos de dichos regímenes habían conseguido a través del terror, de la represión dirigida y en general de la generación del miedo a incurrir en comportamientos fuera de la normalidad implantada desde arriba.¹⁸

En situaciones menos dramáticas (como la mexicana), el lenguaje de las luchas sociales tiende también a generarse fuera de los espacios que eran típicos de la sociedad de producción. Pero, además, en este país, como resultado del carácter del régimen político imperante, la movilización o la resistencia sin movilización abierta se ha definido por muchos años en función de un discurso paralelo al discurso oficial. Los modos de resistencia de la sociedad mexicana al autoritarismo imperante y los grupos que la han animado no se han identificado con los que imperaron en sociedades típicamente de producción. Los movimientos de mayor resonancia de los últimos cuarenta años (la huelga ferrocarrilera de 1958-59, el movimiento estudiantil de 1968 y la insurgencia zapatista de 1994) no se pueden concebir en términos del paradigma de los movimientos so-

¹⁸ Por ejemplo, los sectores populares estudiados en Chile por Oxfhorn en el periodo de la lucha anti-pinochetista (1986-1988) se definen más por la denuncia y la resistencia a la represión, la defensa de espacios territoriales sistemáticamente violados por la fuerza pública que por reivindicaciones o demandas de salario, o mejores condiciones de vida y menos aún por utopías como habían sido los que actuaron en la década de los sesenta y setenta. Se trata entonces de protestas que derivan de la violación de la identidad definida por la subjetividad o por la pertenencia a ciertos espacios urbanos.

ciales de la sociedad de producción. Al contrario, asumen una lógica muy contemporánea.

Las consideraciones anteriores nos permiten concluir que en este momento del desarrollo histórico, el sentido de la movilización social es contingente y está sujeta a las circunstancias específicas que contribuyen a generarla. En los términos de Touraine, los actores hacen la historia y ya no participan de una **Historia**, de un sentido preestablecido, meta-social. Para la investigación de la movilización social esto plantea nuevos desafíos pues redefine el ámbito dentro del cual se había interpretado hasta ahora. La interdependencia entre actores y sistemas, la fragmentación de lo que fueron las clases sociales de la sociedad industrial, la ausencia de una articulación directa entre la estructura social y el sistema político de una sociedad, el creciente individualismo que permea el comportamiento de los actores, todo ello nos coloca frente al desafío de redefinir el sentido de la acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo.